José Saramago

Escritor

La mirada del testigo

LA primera vez que hablé con él fue por teléfono, cuando se estaba incendiando el Chiado, el viejo barrio que sirve de emblema a la vieja Lisboa antigua y señorial… Aún no soñaba él, que había sido testigo de tanta historia, con ser protagonista él mismo del acontecimiento más importante para un escritor contemporáneo, recibir la noticia de que es Premio Nobel de Literatura, y eso ocurrió en 1998. No había nadie con él; como dijo en una famosa conferencia de prensa, "no había nadie, nadie, nadie, nada", cuando supo la noticia mientras esperaba su avión de regreso a España, en el aeropuerto de Francfort…

JUAN CRUZ

LE dieron ese premio como testigo de su tiempo, como el gran escritor que, después de haber cumplido los cincuenta años, decidió ponerse a escribir sobre la piel de su experiencia, contando pacientemente el drama humano del que son expresión libros suyos como *Alzado del suelo, El cerco de Lisboa, Ensayo sobre la ceguera,* hasta llegar al último, *Ensayo sobre la lucidez,* en el que Saramago indaga sobre la relación del poder con quienes se lo dan, el público tantas veces defraudado… En esta conversación quisimos preguntarle por una palabra tan fundamental para él y para los que le leemos, la palabra testigo.

Como Manuel Vásquez Montalbán, Saramago, fue testigo en primera línea del trabajo que hizo el subcomandante Marcos, hasta que realizó su famosa marcha hacia la capital federal de México, desde las montañas de Chiapa al frente del ejército zapatista. Esta vocación de testigo de lo que ocurre le ha llevado a muchos lugares del mundo, y ha conducido a Saramago a enfrentar las consecuencias de lo que le sugiere lo que ve. Cuando estuvo en Israel no se recató ante las opiniones que de él merecieron los actuales del gobierno israelí frente a los palestinos, y su confesada militancia comunista no lo previno de la condena a los excesos cometidos del gobierno de Fidel Castro contra los disidentes cubanos. Sus opiniones siempre recurren a la metáfora, pero jamás dejan de poner el dedo donde él quiere. Como testigo es insobornable y se puede discutir de él, pero no se le puede reclamar falta de compromiso.

–¿Qué es para usted la palabra testigo?

–Mira, yo creo que ser un testigo no sirve de mucho si ser testigo no se te queda en la memoria. Los testigos de lo que está pasando pierden esa memoria si no participan de algún modo en lo que sucede. Por fortuna, la memoria no lo retiene todo… El testigo estaba allí, na-

«A mí me parece que la naturaleza humana no tiene solución. Es un error en el universo»

Esfera cultural

«Dicen que soy pesimista porque mi visión del mundo es bastante poco esperanzada»

«Me gustaría ser testigo de algo que nos hiciera olvidar las guerras, las enfermedades, el SIDA...»

da más... Pero hay otra forma de ser testigo, que es el que a la vez es partícipe de algo... Eso se queda más en la memoria, porque has participado, has sido testigo y partícipe de lo que ha sucedido, y eso no se olvida nunca si el suceso ha sido importante, si ha valido la pena.

-¿Qué huellas le han dejado los acontecimientos de los que usted ha sido testigo?

–Hay valoraciones distintas, según esos acontecimientos hayan sido privados o públicos. A veces estás solo, buscando algo, un paisaje, un monumento, aquello que tú ves en solitario y que deja un impacto enorme, mayor que cualquier otra cosa espectacular. He sufrido la dictadura, estuve allí, fui testigo de la represión... Pero de lo que tengo una memoria muy viva, muy fuerte, cuando me di cuenta de que tocaba algo que me producía una emoción irrepetible fue en Florencia, ante la Biblioteca Lorenziana, ante una puerta diseñada por Miguel Ángel... Entré solo, y súbitamente me hallé ante el pasamanos de mármol, no había ninguna estatua, todo era gris oscuro, y yo temblaba de la camisa a los pies... No ocurrió nada, la emoción fue por dentro. ¿Cómo vas a contar eso luego?

–Usted recibió en solitario la noticia del Nobel, nadie fue testigo de su alegría...

–No estaba exactamente solo. Estaba en la sala de embarque del aeropuerto de Francfort, estaba con una periodista y con una azafata de la Lufthansa, que me pidió que acudiera al teléfono... Allí lo supe, me lo comunicó Zeferino Coelho, mi editor portugués, y luego caminé solo, con mi gabardina, caminando por los pasillos del aeropuerto... Me encontré con Isabel Polanco, la directora general de Santillana, que publica mis libros en español, y con ella lo celebré, pero mientras tanto tuve una sensación de soledad y de contento, una sensación interior de extrañeza, consciente de la relatividad de todas las cosas grandes o pequeñas...

Solitario

A veces, muy de mañana, Saramago sale al porche de su casa, en Tías, Lanzarote, donde vive desde hace años con su mujer, Pilar del Río, que es también su traductora. Desde hace mucho antes de que obtuviera el Premio Nobel, el autor de *La caverna* mira ese paisaje que da al mar y la isla de Lanzarote y dice: "me pueden quitar cualquier cosa, e incluso pueden dármela, pero este aire no me lo van a quitar jamás".

En esa atmósfera ha quedado gran parte de sus últimas letras y sobre todo ha escrito sus *Cuadernos de Lanzarote,* un compendio de su testimonio de una vida a la que asiste como testigo incomodado pero feliz de existir con otros.

Como Gabriel García Márquez, aprendió hace rato a decir no, pero tanto cuando dice no como cuando dice sí es un hombre convencido de lo que dice.

«He sufrido la dictadura, estuve allí, fui testigo de la represión»

–La primera vez que hablé con usted era testigo del incendio del Chiado... Le hallé entonces melancólico, como impotente...

–Cuando estaba ardiendo el barrio no sabíamos a dónde iba a llegar el incendio, se iba a quemar esas parte de la historia de Lisboa; un temblor de tierra, una catástrofe natural tiene sus límites, se sabe qué va a producir, no lo puedes controlar, pero ya se sabe qué es; pero un incendio es imprevisible, no depende sólo de los bomberos, así que te das cuenta de que puedes menos de lo que tu propia vanidad te lleva a pensar, que eres capaz, como don Quijote, contra un ejército de ovejas, y esa sensación tenía yo, melancolía, incertidumbre e impotencia...

– ¿De qué le gustaría ser testigo?

–Tú sabes que yo no soy un optimista ni un pesimista, pero dicen que soy pesimista porque mi visión del mundo es bastante poco esperanzada, más bien pesimista... A mi me parece que la naturaleza humana no tiene solución. Es un error en el universo. ¿Es mejor que se acabe? No lo sé... No sé si hay otras formas de vida en el Universo que puedan sustituir estas que conocemos como propias de una humanidad que lucha tanto contra su razón y contra su equilibrio... Y si Dios estuviera, nosotros tendríamos que preguntarle: ¿Por qué has hecho esto? ¡En este Planeta, donde tantas cosas hermosas y magníficas hay y donde los horrores siguen...! Cuando yo nací, en Ribatejo, la esperanza de vida era de 35 años; la higiene, la medicina, la cirugía, han aumentado esa esperanza de vida a los 80 años, y a esa edad puedes sentirte como un chaval... Yo tengo 81 años y me siento muy bien..., pero el mundo es un desastre... Me gustaría ser testigo de algo que apuntara a otra vida, algo que nos hiciera olvidar las guerras, las enfermedades, el SIDA... Mi propio país protagonizó una situación de gran ilusión hace treinta años, cuando la revolución de los claveles, ¿y ahora qué queda? ■